

vagancia y al robo, encontró en la revolución un campo para sus instintos terribles.

Al saber el levantamiento de Dolores, tomó vereda y cambiando rumbos llegó á San Miguel el Grande, á la sazón que los insurgentes se posesionaban de la ciudad; sentó plaza de tambor en un cuerpo y se batió con valor desesperado.

No impulsaba su corazón otro sentimiento que el del robo y el de la matanza, era un ser extraviado y perdido para la moral y más aún para la sociedad.

Pedro el Negro, como le decían entre la tropa, había hecho las amistades con los hombres más corrompidos del regimiento, robaba á sus compañeros, saqueaba las tiendas de los pueblos, les hacía estafa á los vendedores de víveres y reñía á puñaladas con los más desalmados.

Después de estos apuntes biográficos, no extrañarán nuestros lectores que Pedro fuera amigo inseparable del mulato Lino y de los toreros. Pedro se había encontrado en todas las trifulcas y se escurría en las derrotas como una anguila.

El día de la toma de Guanajuato por los realistas, había entrado á la Alhóndiga y hecho horrores, hasta desnudar los cadáveres.

En la retirada cargó con cuanto tenía y se adelantó con el mulato para llegar más pronto á la jornada, para ver lo que podía robarse.

El ejército caminó durante el día sin poder pernoctar en población alguna, así es que Pedro acampó á cielo raso.

—Hemos perdido, decía Lino á sus compañeros; pero hemos matado *gachupines* que es una gloria.

—Yo estoy desesperado, añadió Pedro, porque esos miserables apenas tenían monedas.

—No es verdad, porque tú has hecho un agosto de primera.

—Que Dios me condene, si pasan de unos miserables pesos lo que he garfiñado hoy.

—Yo sé que ocultas en el tambor tus pesetas.

CAPITULO VI.

EL MULATO Y EL REDOBLANTE.

I.

El mulato Lino había sido el instigador de la chusma para el asesinato de los españoles en Granaditas; el bandido estaba en la plenitud de sus instintos salvajes; la tarde de esa bacanal sangrienta, personalmente había matado á cuantos españoles le vinieron á las manos, para desquitar en ellos la paliza que el capitán don Félix de Quintanar le había aplicado.

Era horrible ver al mulato tinto en la sangre de los europeos, hasta sus cabellos chorreaban sangre, sus ojos brillaban con una luz siniestra, y mostraba los dientes blancos como los del tigre.

La chusma se entregaba al saqueo más escandaloso, y entre aquella multitud se distinguía un negro joven á quien no habrán olvidado nuestros lectores.

Pedro, el hijo de Camila, á quien la gitana había dado un porvenir para socorrer á su infeliz padre, ese niño, decimos, se había separado de la familia sin pesar alguno, y dedicado á la

—Eso es mentira, dijo Pedro el Negro, sin poder disimular la inquietud que le causaban las palabras de Lino.

—Tú si has pillado á derecha é izquierda, corres como una liebre de Valladolid á Guanajuato, saqueando los pueblitos; haces bien, para eso hemos venido.

—Con veinte demonios! gritó el Pípilo, os habeis empeñado en que la revolucion es para robar, y donde llegue á oídos del general Allende os manda quitar el pellejo.

—Por eso lo confesamos en voz baja.

—Pues mal confesado, aquí peleamos por la libertad y nada mas.

—Que hipócrita es este Pípilo! me han asegurado que eras beato de la parroquia.

—Yo lo que soy es muy hombre, y el quiera probarlo que se saque.

—Eso es otra cosa, dijo Lino mediando en la cuestion, que tú tienes alma ya lo hemos visto, y no hay que disputarlo; ademas, aquí todos somos amigos y no es propio que nos pongamos á reñir.

Es que ya estoy harto de oír robos y asesinamientos, á mí me gusta matar pero á la hora del pleito, despues no lo haria por nada del mundo.

—Eso va en opiniones, respondió el Mulato.

—Tú eres un perdido, yo no sé como te gusta estar manchado con sangre.

—Tú, Pípilo, nada tienes que vengar, á mí me han hecho pedazos los *gachupines*, y no hago mas que desquitarme.

—Ya hablaremos de eso.

—Es verdad, por ahora, que Pedro el Negro nos confiese cuanto es su capital.

—Y dale con fastidiarme, respondió el negro; no tengo nada, todo lo gasto y lo juego, sobre todo, á nadie le importa si tengo ó no tengo.

—Este muchacho se ha vuelto medio valiente.

—Quien quita-----

—Mira, Pedro, que estoy de mal humor.

—Yo no lo tengo bueno.

—Que calles!

—Que no me da la gana!

—La vais á emprender? dijo el Pípilo.

—Este tamborcillo tiene humos de hombre.

—Como que lo soy.

—Ea! silencio! gritó el barretero, ya arreglarán mas tarde sus cuentas.

El mulato y el negro guardaron silencio, pero se la juraron para sus adentros.

II.

A corta distancia del grupo de insurgentes que armaban la querrela, estaba un hombre atado de los brazos con un cordel y reclinado sobre una roca que formaba ládera en el camino.

Marroquin, Saca-vueltas, y otros insurgentes le servian de custodia.

—Qué dice la herida, amigo Marroquin?

—No fue nada, el puñal se resbaló por las costillas, la pérdida de la sangre me hizo desmayar y nada mas.

—Demonio! unas cuantas líneas y te atraviesa el corazon.

—Cosa mala nunca muere.

—Es verdad.

—Y quién es ese realista que tienen atrincado como un cohete?

—Es un tal don Félix de Quintanar.

—Y como lo aprehendieron?

—Se la echó de atrevido avanzándose á nuestros puntos y lo pescamos en el momento matándole á su escolta.

—Todos quieren meterse á valientes y el oficio está malo por ahora.

—Tiene sus dificultades el negocio.

—Y que piensan hacer con él?

—Lo que con todos, fusilarlo.

—Y para cuando esperan?

—Le ha puesto una carta al señor cura Hidalgo, con quien dice tiene amistades, y como para nosotros todo es lo mismo, lo traigo como á mi caballo, por todas partes.

—No temes que se fugue?

—No, porque lo cuido mucho, ya conoce mi carácter y está como una oveja; voy á hacer la prueba, mira.

El insurgente preparó su tercerola y le apuntó á don Félix.

—Don Currutaco se ha dormido?

El capitán alzó la cabeza y respondió secamente:

—No.

—Ya ven, si se ha callado le disparo y punto final.

—Señor Marroquin, dijo don Félix, haced que me quiten estas ligaduras que me revientan las carnes.

—No tenga cuidado, contestó el insurgente, al fin le han de reventar el alma mas tarde, conque no se queje.

—Señor don----

—Félix, dijo el esposo de Rosalía.

—Pues bien, señor don Félix, continuó Marroquin, si da su palabra de honor de no fugarse yo haré lo que pueda.

—Lo juro, respondió el capitán.

—Ya lo oye, amigo, haga favor de desatarle y yo respondo.

—Esa es otra cosa, haga lo que le parezca.

—Señor Marroquin, dijo don Félix viéndose libre de aquella presión, voz sois un hombre honrado y os empeño mi palabra de permanecer al lado de estos señores sea cual fuere la suerte que me esté reservada.

El torero le tendió la mano al capitán.

—Si se va ese hombre, te abro la cabeza de un pistoletazo, Marroquin.

—Respondo de él como de mi persona.

—Echemos un trago.

—Listo!

Mientras los toreros y los insurgentes se entretenían bebiendo, una mujer se acercó al prisionero.

—Señor don Félix, señor don Félix!

—Quién me habla?

—Yo, que vengo á daros noticia de vuestra esposa.

—Hablad, hablad por compasión! decidme algo de Rosalía.

—Ella sigue vuestros pasos, debe llegar esta noche á Guajuato, os sigue desde Dolores.

—Pero---- en fin---- yo no comprendo!

—Los frailes misioneros la robaron del rio de San Miguel, ha estado en el convento de las Claras de Querétaro, ella fué la monja que se desmayó la tarde que visitásteis á la comunidad.

—Dios mio!

—Anduvísteis demasiado torpe en no conocerla.

—Conque era Rosalía!

—Sí, la misma, que salió al día siguiente en vuestra busca sin poderos dar alcance.

—Pero yo estoy loco!

—Sí, vuestros arranques os han traído á esta situación, olvidásteis los favores que debíais al cura Hidalgo; os empeñásteis en hacerle la guerra, y estais próximo á ser fusilado.

—Callad, no me asusta la muerte, no---- pero dejar á mi hijo entregado á manos extrañas y abandonada á Rosalía.

—Tranquilizaos, y seguidme, pasaremos entre el ejército sin ser conocidos.

—Imposible.

—No me desesperéis con vuestro miedo, ved que tengo tomadas todas las avenidas.

—No es miedo, vive Dios!

- Pues temor.
- Dejadme.
- Ved que os espera Rosalia.
- Dejadme.
- Sabed que Treviño y vuestro hijo acompañan á Rosalía.
- Marchemos, marchemos al instante.
- Pues seguidme.
- No, no puedo..... en mala hora arrancaron mis ligaduras.
- ¿Qué decís?
- Que de separarme de este sitio comprometo la vida de un hombre.
- Y qué os importa?
- He empeñado mi palabra..... y la cumpliré!
- Quedaos en buena hora, yo no puedo dilatar, me perderia irremisiblemente..... una palabra mas, si no os resolveis será difícil que volvais á ver reunida á vuestra familia.
- No importa; mi honor es primero.
- No quisiera separarme de este sitio sin vos, decidme si conoceis á vuestros custodios.
- Sí, uno de ellos es el torero Marroquin.
- Ah! dijo la vieja, llamadle, es mi amigo.
- Señor Marroquin, señor Marroquin! gritó don Félix.
- Qué se ofrece, caballero?
- Nada, se apresuró á contestar la vieja, quiero hablaros una palabra.
- Ya os escucho.
- Qué quereis por ese hombre?
- Yo no me pongo á precio, marchaos ú os estrangulo.
- Bravo, muy bravo está el señor Marroquin; seguramente hoy ha vuelto á acordarse de aquella cuenta que tiene pendiente con Núñez de Clavijero.
- Conozco vuestra voz, señora, dijo el torero, no sé quien sois, pero vos me avisásteis que estaba ese hombre en Guajuato la noche de la toma de Granaditas.

- Gracias á Dios que teneis tan buena memoria, señor Marroquin; precisamente os vengo á proponer un cange, dadme á don Félix y os entrego al inquisidor.
- Os doy todos los prisioneros por ese hombre!
- Bien, juradme que no atentareis contra la existencia de don Félix, y yo os juro á mi vez que Núñez de Clavijero será vuestro.
- Lo juro! desde hoy el capitan don Félix estará á mi lado, nosotros marchamos para Zacatecas.
- Lo sé, y no esteis inquieto porque sé cumplir mi palabra. La vieja se alejó entre las rocas del camino, mientras el torero se acercaba á don Félix á ponerle al tanto de su convenio.

III.

El mulato Lino, á quien no se habia escapado la inquietud de Pedro el Negro al hablarle de su dinero, se fingió profundamente dormido, para dar mas confianza á sus compañeros y robar al desgraciado muchacho, que con tanto cuidado guardaba en el tambor los ahorros de su muy honrosa profesion de bandido.

Pedro el Negro tenia atadas á la cintura las fajas del *redoblante*, para despertar al menor movimiento.

El negro y el mulato eran vivísimos, así es que ambos se ayunaban las vigiliass.

Pedro quedó al fin vencido por el sueño y su respiracion marcó desde luego su sopor.

Lino se comenzó á arrastrar como una culebra entre la yerba hasta tocar con su mano el tambor, convertido en maleta.

El bandido comenzó á tirar pausadamente, sin notar que la *caja* estaba aderida al cuerpo del negro por los tirantes; creyó al principio que le servia de obstáculo la yerba, y probó á levantarlo.

Pedro con esa inquietud de sueño de los hombres que viven en el peligro, despertó, pero sin otro movimiento que el de abrir los párpados; entónces vió perfectamente al mulato, y fingiendo un movimiento cualquiera, desenvainó el puñal.

Lino se retiró á observar, miéntras que su soñada víctima volvió á tomar la actitud del sueño.

Tornó el bandido á serpear, hasta ponerse junto al negro; este no se movio esperando el momento.

Lino comprendió que las ligaduras impedían cargar con el tambor, sacó su puñal afilado, y comenzó á deslizarlo sobre las correas con un éxito admirable. Ya estaba al concluir su operación, cuando el negro le asestó una puñalada de muerte, que le atravesó el corazon.

Ni el ronquido del estertor, ni un último suspiro, arrancado á la fuerza del golpe, nada se escuchó en el silencio de aquella noche: no hubo agonía, porque la herida habia sido terrible.

—Ah ladron! murmuró el negro, me querias robar mi dinero, ya llevaste tu merecido.

No hay personas mas defensoras del derecho de propiedad que los ladrones.

Pedro sin impresionarse por aquel lance, se puso á registrar los bolsillos de Lino, donde encontró una gran cantidad de oro.

—No ha estado mala la presa, envolvamos á este majadero en su *zarape* y no hay que despertar á los compañeros.

Pedro acostó perfectamente al asesinado, le cubrió la cara con el sombrero, y á la madrugada emprendió su camino mas alegre que una golondrina.

Lino habia muerto como el mayor número de los bandidos, por mano de sus cómplices.

CAPITULO VII.

EL REY MONJE.

I.

Ahí esta Guadalajara, esa ciudad aristócrata y distinguida, capital de todas las que se avanzan hácia las arenas abrasadas del Pacífico, señora de aquellas montañas y llanuras que perpetúan los recuerdos de la conquista y las glorias de nuestra patria, matrona orgullosa, mojado sus sandalias en las ondas tumultuosas de su Tiber, rival altiva desde sus primeros dias de la jóven Tenoxtitlan y emblema fantástico de una libertad sin horizontes!-----

Guadalajara recibe á los independientes con coronas de laureles y ramos de oliva, y el caudillo de aquellas regiones planta sobre sus altas torres el oriflama de la libertad.

El bravo Antonio Torres, al frente de su ejército, tomó posesion de aquella tierra sin marcar su tránsito con el reguero de sangre que era la estela que seguia á la revolucion.

Aquel héroe cuya generosidad era reconocida por sus adver-